

Francia, 1995: la primera revuelta metropolitana contra la globalización

Daniel Singer

Cuando llega el invierno, ¿es posible que quede ya muy atrás la primavera?

Shelley, «Oda al viento del oeste»

El invierno francés del descontento

El 15 de noviembre de 1995, Alain Juppé, arrogante primer ministro francés, presentaba al Parlamento su plan para el control del gasto en bienestar social, sobre todo en el área de la sanidad pública. Entre otras cosas, la reforma de los servicios sociales que proponía le habría otorgado poderes para gobernar mediante decretos y transferir el control de los servicios sociales al Parlamento y arrebatárselo a unos órganos de gobierno controlados conjuntamente por empleadores y empleados. Lo que él no sabía, ni nadie, era que estaba a punto de desencadenar una de esas revueltas francesas que, aunque no sacudan necesariamente el mundo entero, siempre le dan mucho que pensar.

El anuncio de Juppé se produjo con diversas señales de aviso en el trasfondo: una jornada de huelga de los funcionarios en protesta contra la congelación salarial; una ráfaga de revueltas estudiantiles por todo el país; y la sorpresa general por el súbito cambio de opinión mostrado por el presi-

• Artículo publicado en *MR*, vol. 49, n° 3, julio-agosto de 1997, pp. 130-138. Traducción de Joan Quesada. Daniel Singer fue corresponsal europeo de *The Nation*. El presente artículo es una versión abreviada de un capítulo de su obra *Who's Millenium?*

dente Chirac en televisión: después de prometer en la campaña [electoral] que combatiría las injusticias sociales, ahora decía que, no los ricos, sino la gente común tendría que apretarse el cinturón. El plan Juppé actuó como un detonante.

La misma noche de la intervención de Juppé, el tercer canal de televisión dedicó inteligentemente su programa de actualidad *La Marche du Siècle* [La marcha del siglo] a la reforma de los servicios sociales, con la presencia en el estudio de los máximos líderes de las tres mayores confederaciones sindicales de Francia. Aunque la afiliación había caído en picado hasta representar menos del 10% de la fuerza laboral, las divisiones políticas entre los sindicatos franceses todavía seguían tendencias históricas. El mayor de ellos era la Confederación General del Trabajo (CGT), que continuaba bajo dominio del Partido Comunista, aunque había dejado de funcionar simplemente como «correa de transmisión» de este. Estaba representada por su secretario general, Louis Viannet. La otra CGT, llamada *Force Ouvrière* [Fuerza Obrera], era una escisión de la primera, un producto de la Guerra Fría creado con dinero de la CIA y, durante años, el mejor amigo de la patronal. Ahora estaba buscando su hueco en las nuevas condiciones y estaba particularmente encendida por la interferencia de Juppé en la organización del servicio de salud, dado que tenía a muchas personas, entre militantes y cargos, colocadas en las estructuras directivas de dicho servicio. Su líder, Marc Blondel, también se hallaba presente en el estudio. Igual que Nicole Notat, dirigente del tercer sindicato en importancia, la Confederación Francesa de Trabajadores Democráticos (CFDT). Tal Confederación había abandonado toda connotación católica en la década de 1960 y, durante un tiempo, había parecido moderna y progresista. No obstante, hacía años que, tras la modernidad, se escondía una involución en sentido reaccionario, y la CFDT intentaba sustituir a *Force Ouvrière* como colaborador preferido de la patronal, tanto pública como privada. El comportamiento de Notat en la crisis que se avecinaba confirmaría claramente tal objetivo.

A los tres líderes se les preguntó su opinión sobre el plan Juppé. Viannet y Blondel expresaron su hostilidad hacia el proyecto y su decidida oposición a este. El primero resaltaba el ataque al Estado de bienestar; el segundo, la injerencia del control estatal. Notat se salió del plan previsto para recoger el guante lanzado por sus colegas y contrastar la modernidad del plan Juppé con el anacronismo de ambos líderes. Más adelante, tanto los portavoces oficiales como los del *patronat*, la confederación de empresarios, citarían una y otra vez sus palabras, mientras que ella misma, aunque nunca les había pedido a los trabajadores que fueran a la huelga, sí les pediría que regresaran a sus puestos de trabajo.

Nueve días después, dio comienzo el movimiento de protesta. Con la ayuda de los sindicatos, el día 24 de noviembre se organizó una jornada de huelgas y manifestaciones. 250.000 personas participaron en las manifestaciones (una cifra intermedia entre los cálculos entusiastas de los organizadores y el deliberado escepticismo de la policía), y la asistencia fue sorprendentemente numerosa en las provincias.

Lo crucial de ese día de protestas es que iba a significar tan sólo el comienzo. En ese preciso momento, los trabajadores ferroviarios, en huelga contra los planes de reorganización del ferrocarril, decidieron prolongar indefinidamente la huelga y, reafirmando diariamente en su postura por medio de votaciones, llegarían a estar más de tres semanas sin ocupar sus puestos de trabajo. Cuatro días más tarde, el día 28, después de otra manifestación en París marcada por un simbólico apretón de manos ante las cámaras de Viannet y Blondel (algo que, no hacía mucho, habría resultado impensable), le tocó el turno al transporte público de la capital, con una huelga que paralizó tanto el metro como los autobuses de París. Después, la huelga se extendió a correos y a las telecomunicaciones, y a otras empresas de servicios públicos tales como el gas y la electricidad. Afectó a la recogida de basuras y al servicio de autobuses de muchas ciudades de provincias. Los profesores, especialmente de las escuelas primarias, también entraron intermitentemente en huelga. Las agitaciones de los estudiantes universitarios ya habían empezado antes, pero el gobierno, espantado por el recuerdo del alzamiento de 1968, hacía cuanto podía para forzarlos a regresar a las aulas.

Fue la paralización de los ferrocarriles, más importantes en Francia que en países como los Estados Unidos, y, sobre todo, la creciente paralización de París lo que impresionó en el exterior. Cuando, a falta de servicios públicos, los residentes del extrarradio cogieron el coche para acudir a su trabajo en el centro de la ciudad, sembraron el mayor caos de toda la historia de la capital, con atascos de tráfico de varios kilómetros.

Con los trenes parados y París paralizada, la huelga parecía en realidad mucho más espectacular de lo que era. De hecho, los paros se limitaban al sector público, y las fábricas seguían funcionando, con lo que el país no estaba detenido (algo que sí había ocurrido durante la sublevación de los estudiantes y los obreros en mayo de 1968). En esta ocasión, la verdadera novedad no era tanto la huelga como las masivas manifestaciones y, en particular, el despertar de las provincias. Las manifestaciones eran constantes, por lo menos dos a la semana, ya que hubo seis manifestaciones de escala nacional en tres semanas, además de las diversas manifestaciones locales.

El único efecto que parecían tener las advertencias de la Administración era el de sacar a más ciudadanos a la calle. En el mes de noviembre se trataba

de unos pocos cientos de miles de personas, mientras que en diciembre, momento álgido del movimiento, habían ascendido a más de 2 millones. Al no disponer de transportes, las manifestaciones eran dispersas, y los manifestantes marchaban en sus propias ciudades, en su propio terreno. Así, París no batió récord alguno esta vez, pero sí otras ciudades. En el punto culminante del movimiento, en las calles de Marsella se concentraron más de 100.000 personas, cerca de 100.000 en Toulouse, casi las mismas que en Burdeos, Rouen y Grenoble. Y en ciudades de menos de 50.000 habitantes se congregaron masas de 5.000 personas. Para muchas de las ciudades francesas, esas cifras representaban las mayores concentraciones nunca vistas.

Los principales eslóganes eran *la sécu* (apócope que designa a la seguridad social, pero que en el contexto francés se refiere a todos los servicios sociales), *aux travailleurs* (para los trabajadores), *nous nous sommes battus pour la gagner* (hemos luchado para ganarla), *nous nous battrons pour la garder* (lucharemos para conservarla). Pero el grito principal era más bien simple y contagioso: *ouais, ouais, tous ensemble, tous ensemble* (sí, sí, todos juntos, todos juntos).

¿Qué quería decir? ¿A quienes había de unir? ¿A los trabajadores de los sectores público y el privado, a hombres y a mujeres, a empleados y desempleados? A todos ellos, y a algunos más. Sobre todo, era expresión de la alegría que les provocaba haberse unido en tales cifras. Después de años y años de escuchar que había que obedecer al mercado, que no quedaba alternativa, estaban encantados de encontrar que era tanta la gente que expresaba un mismo rechazo, con un mismo mensaje fundamental, que hacía temblar los cimientos ideológicos del país: si ese es el futuro que nos ofrecéis, a nosotros y a nuestros hijos, ¡al infierno con vuestro futuro!

Para un gobierno poco dispuesto a ceder, lo terrible era la noticia de que ese ánimo desafiante contaba con la simpatía del grueso de la población. Normalmente, no hay nada más impopular que una huelga de transportes, que obliga a las personas a levantarse más temprano y hace que los viajes se prolonguen durante horas. Pero, esta vez, los viajeros lo aceptaban de buen grado, y el apoyo a la huelga rondaba el 60% a lo largo de toda la campaña. Al mismo tiempo, en siete elecciones regionales al Parlamento, se producía un giro desde la derecha hacia la izquierda, lo que hacía que se descartara la convocatoria de elecciones generales por sorpresa.

El gobierno se vio obligado a dar marcha atrás. Aunque mantenía el proyecto de controlar más estrictamente el gasto en servicios sociales, retrocedía en varios de sus planes de revisión del sistema de pensiones. Con respecto a la reorganización de los ferrocarriles, cedía completamente ante los trabajadores del transporte, médula espinal de la huelga.

Sin embargo, todas esas concesiones coincidían con el clímax del movimiento, y marcaban para este el principio del fin. Por definición, un movimiento social no puede ser estable: si no avanza, lo más probable es que retroceda. Esta vez, ya no podía ganar más terreno, dado que había fracasado a la hora de extenderse al sector privado y dado que no contaba con una agenda política capaz de movilizar a las personas para nuevas acciones. Un último conflicto serviría de anticipo de futuras batallas, cuando los trabajadores del transporte de Marsella celebraron una huelga a favor del igualitarismo, contra los intentos de las autoridades municipales de aplicar la regla del «divide y vencerás» por medio de la contratación de nuevos empleados en peores condiciones salariales y laborales que las alcanzadas por los empleados más antiguos. La huelga fue un éxito, pero la batalla principal ya había tocado a su fin. El gobierno no había renunciado a su intención de asumir el control de los servicios sociales y recortar los gastos. Aun así, después de haber encontrado ese inesperado nivel de resistencia, en el futuro se lo pensará dos veces antes de lanzar otra gran ofensiva. Por el momento, la confrontación ha quedado pospuesta.

De 1968 a 1995

Resulta fácil establecer comparaciones con 1968. La diferencia más evidente es que, esta vez, los estudiantes no habían sido protagonistas. No obstante, para los propósitos de este escrito, podemos centrar la atención en la segunda gran diferencia: el caso de los trabajadores industriales. En 1968, por ambigua que fuera la relación entre estudiantes y trabajadores, bloqueada por el Partido Comunista, los estudiantes habían logrado llevar a los trabajadores a la acción, y fue con la paralización de las fábricas que la gente despertó. Por el contrario, esta vez, el despertar lo había provocado la paralización de los transportes. Las fábricas habían seguido trabajando. Algunos trabajadores industriales se habían sumado a las manifestaciones, pero las huelgas, siquiera simbólicas, en la industria privada fueron pocas y aisladas. En esta ocasión, los cierres habían sido esencialmente provocados por los empleados del sector público.

Los críticos se aprovecharon de tal circunstancia para presentar las actuaciones en su conjunto como una lucha de los privilegiados, que gozan de seguridad en el puesto de trabajo y que defienden los privilegios adquiridos: una crítica directamente indecente cuando de quien proviene es de magnates millonarios y de académicos cómodamente instalados. Pero los huelguistas no defendían únicamente sus propios derechos. La suya era la última línea de defensa, que preparaba el terreno para un contraofensiva

general. No decían, por ejemplo, «queremos el derecho a jubilarnos antes que los trabajadores industriales», sino «si, gracias a nuestra lucha, conservamos nuestros derechos de jubilación, los trabajadores del sector privado podrán luchar para recuperar los suyos». Se trataba de un movimiento abierto. Las organizaciones de parados o de personas sin techo eran bienvenidas a las manifestaciones. Sólo sus oponentes intentaron etiquetar las acciones de corporativistas.

Aun así, el hecho es que los trabajadores industriales no estuvieron directamente implicados. Sin embargo, no fue por falta de simpatía. Al contrario, informadores y encuestadores de opinión resaltaban que los trabajadores del sector privado tenían la sensación de que los empleados públicos estaban luchando también por ellos. En realidad, el hecho de que fuera «huelga por poderes», tal y como se la llamó, junto al resentimiento por el repentino cambio de opinión de Chirac, fueron los dos motivos de la sorprendente aceptación de unos paros en el transporte que solían ser fuertemente impopulares.

La cuestión sigue siendo por qué, a pesar de sus simpatías, los trabajadores industriales no se sumaron a la refriega. La respuesta más probable es que, en esta época de incertidumbre y fuerte desempleo, los trabajadores industriales son reticentes a asumir riesgos si no se trata de una confrontación crucial entre clases —cosa que esta no era— o si no están en juego intereses vitales para ellos, sobre todo si no se encuentran en una posición estratégicamente fuerte.

A lo que eso apunta realmente es a que la situación actual es muy distinta de la de 1968. Las cuestiones que entonces se plantearon—relativas a la naturaleza y el objetivo del crecimiento, a sus beneficiarios, cuestiones que también determinan el modelo de producción— siguen sin respuesta y resultan más actuales que nunca, justamente porque ahora se sitúan en un contexto social radicalmente diferente, de relativo estancamiento y fuerte desempleo. El contexto ideológico es también muy distinto, ahora que el nuevo credo del mercado ha santificado los beneficios y la empresa. De hecho, el impacto del movimiento que rodeó a la huelga se debió en gran parte al choque entre las reivindicaciones de este y el espíritu y las reglas de la nueva religión.

Eso explica así mismo por qué los partidos políticos quedaron completamente estupefactos y por qué su papel fue más de espectadores que de actores de la representación, tanto en el caso del Partido Socialista como en el de la coalición conservadora en el gobierno. Los socialistas, después de abrazar ellos mismos la religión dominante, podían criticar al gobierno por la torpeza o por sus procedimientos poco democráticos, pero no estaban en

posición de atacar el contenido de sus políticas. Por lo que respecta a los comunistas, en su esfuerzo por romper con el pasado, hicieron cuanto pudieron para no aparecer como un partido que intentaba hacerse con el liderazgo y controlar el movimiento.

A los sindicatos les fue mejor. Sin ser los iniciadores de la corriente, sí que la siguieron (a excepción del CFDT). Habían aprendido la lección de otros conflictos recientes, en los que habían perdido prestigio y afiliación cuando habían sido los militantes de base los que habían tomado las riendas, mientras que sus sindicatos arrastraban los pies, por ejemplo: cuando los activistas de la CFDT expulsados durante la huelga postal de 1980 habían fundado su propio sindicato, *Solidaires, Unis, Democratique* (Solidarios, Unidos, Democráticos [SUD]), que en la actualidad cuenta con más partidarios entre los trabajadores postales que la confederación originaria.

Dos de las tres confederaciones principales respaldaron las huelgas desde el principio, pero dejaron que los huelguistas diseñaran sus propias líneas de actuación, lo que otorgaba a todo el movimiento un carácter muy democrático. Todos los días, cada estación de ferrocarril, cada depósito de autobuses, celebraba una asamblea general que, después de examinar y debatir la situación, votaba si seguía adelante o no con la huelga. Como suele ocurrir cuando se rompe la rutina de la vida cotidiana, los huelguistas se vieron impelidos a pensar los temas más allá de sus reivindicaciones inmediatas.

Direcciones futuras

Lógicamente, toda esa agitación debería presagiar una reestructuración, una radical realineación del sindicalismo francés, de alcance mucho mayor que el inevitable conflicto entre defensores y oponentes de la huelga dentro de la CFDT. En un movimiento sindical cuya existencia misma se ve amenazada por el fracaso a la hora de adaptarse al cambio económico, la persistencia de divisiones que se remontan a la Guerra Fría tienen poco sentido. Si los asalariados franceses han de estar divididos, podrían hacerlo en dos amplias confederaciones: una de ellas, la reagrupación de quienes se resignan a negociar dentro de la sociedad existente (lo que los críticos dirían que supone actuar como «correa de transmisión» de empresarios y directores); la otra, la organización de los que creen que es posible la transformación social. Y un sistema dual como ese implicaría divisiones dentro de todas las confederaciones presentes.

Pero no todo lo que es lógico y racional se hace necesariamente efectivo. El conservadurismo institucional, los intereses creados, la inercia... Todos ellos van contra una realineación como la sugerida en un futuro previsible.

Al mismo tiempo, la aparición durante el conflicto de líderes sindicales nuevos, jóvenes y audaces; la expansión de la SUD; el triunfo del ala radical dentro del sindicato de profesores, la FSU (Federación de Sindicatos Unificados): todos esos desarrollos apuntan hacia la posibilidad de una reestructuración del tipo comentado. Pero lo único que puede decirse con certeza es que el serio declive de la organización sindical no puede revertirse sin una ruptura de ese estilo.

Hasta el momento, el impacto principal que ha tenido el descontento francés ha sido ideológico. El consenso ideológico imperante —reinventado y bautizado como la *pensée unique* (pensamiento único)—, que ha dominado en años recientes la opinión oficial y la vida intelectual francesas, se ha visto desafiado, no sólo por los manifestantes, sino también por algunos de los principales intelectuales de Francia. La *pensée* imperante ya no es tan *unique*. Los sacerdotes y predicadores del nuevo orden global, en sus desesperados esfuerzos por restaurar la magia, han acusado al movimiento de protesta de mirar hacia el pasado y de ser conservador. Pero, si realmente hubiera sido así, si las huelgas y las manifestaciones hubieran sido actos anticuados, obsoletos, la última demostración de unas gentes condenadas por la historia, por la marcha inexorable de los acontecimientos, los poderosos no se habrían sentido tan perturbados. La cólera de los amos de nuestro universo y la rabia de sus sirvientes ideológicos respondían a razones más sólidas. Después de años de resignación fatalista, los participantes en las protestas francesas rechazaban, no el futuro, sino el futuro que les ofrecían los amos.

Las protestas francesas tuvieron sus propias particularidades, pero la ofensiva general no se limita al interior de las fronteras francesas. El intento de mejorar la tasa de beneficios mediante la reducción de los costes directos e indirectos de la mano de obra, las ofensivas contra la protección social de los trabajadores, llevan años afectando a toda Europa occidental. Alemanes e italianos también han celebrado manifestaciones en las calles y huelgas de protesta. En todos esos casos, parece que, de momento, la situación es de punto muerto. Los gobernantes dan marcha atrás en propuestas concretas, pero no en su estrategia general. Los participantes en las protestas ganan una batalla y, después, al carecer de unos objetivos más generales, son incapaces de lanzar una contraofensiva.

En el frente ideológico, Francia tampoco es una excepción, y el campo de batalla es aún mayor y se extiende fuera de Europa. La *pensée unique* puede que sea una novedad para franceses o italianos, que hasta hace poco han gozado de un espectro ideológico más amplio. No obstante, para alemanes, británicos y norteamericanos la política de consenso es algo ya antiguo, excepto por el hecho de que, en los últimos veinte años, el consenso se ha

desplazado notablemente hacia la derecha. El apodo de TINA (There Is No Alternative [No Hay Alternativa]) que se le colocó a Maggie Thatcher describe bien la tendencia general. Y es precisamente a esa TINA a la que han vapuleado los participantes en las protestas francesas.

Es cierto que los reivindicadores no ofrecían, por su parte, ninguna alternativa. Rechazaban el chantaje de sus críticos, según los cuales no es posible resistirse a la realidad imperante porque no hay nada que poner en su lugar, pero no presentaban un proyecto alternativo, la visión de una sociedad diferente. No obstante, eso no disminuye la importancia histórica de sus acciones de protesta. Después de veinte años, poco más o menos, de dominio ideológico, el mero rechazo, la resistencia, eran fundamentales. Mientras, explícita o implícitamente, se aceptara la idea de que no existía alternativa alguna, la búsqueda de una alternativa resultaba impensable. Ahora, por lo menos, puede dar comienzo la búsqueda de una sociedad radicalmente diferente.

Aunque esta «gripe» francesa se contagie con rapidez, como es fácil que suceda, y socave la ideología imperante por toda Europa occidental, seguirá siendo necesario proceder a la tarea constructiva de crear un nuevo proyecto. La frase recurrente en el invierno de descontento francés era la declaración de que, si este es el futuro que nos ofrecen nuestros gobernantes, a nosotros y a nuestros hijos, sencillamente no lo queremos. Después de rechazar *su* futuro, ahora los europeos tienen que empezar a buscar un futuro propio.